

KARLA ANDREA CAMINO GUTIÉRREZ

*N*ació no hace mucho en la ciudad de Aguascalientes y es estudiante de bachillerato en el Instituto Mendel. Desde que tenía 12 años comenzó a escribir y dice que es su forma peculiar de crear nuevos mundos y transportarse a ellos, lo cual, a su vez, le permite descubrirse y superarse. Y agrega: “Pensar que puedo llegar a tener impacto en las personas que leen lo que escribo me motiva a seguir haciéndolo”. Ella es una de las personas que se sumaron a las reuniones semanales y virtuales de La Cofradía.

Soy

Soy una idea.

Soy figura abstracta y al mismo tiempo concreta.
Soy el sonido de las olas cuando rompen en la orilla
y el olor de una mañana exageradamente fría.
Soy los rayos de la aurora al entrar por tu ventana.

Soy las caricias de tu madre,
las historias de tu abuela,
las sonrisas de tu amigo,
y los besos de tu amada.
Soy la música del radio,
las notas del violín,
el sonido de la orquesta,
soy un piano solitario.

Soy ciudad en movimiento
y un proyecto abandonado.
Soy la noche más oscura.
También los días más soleados.
Soy el universo.

Soy la estrella de tus sueños.
Piensa,
piensa en las criaturas del océano,
en las aves en el cielo,
¿puedes volar?

Vuelve a pensar y constrúyeme, créame.
Soy el roce de tus manos,
el ronroneo de un gato.
Soy el canto de la brisa,
un susurro adormilado.
Soy un viaje en carretera.
la espera del ser amado.
Soy el sol sobre la piel.
Soy el insomnio.

¿Puedes dormir?
Soy Pippa,
el personaje que inventaste ayer
mientras mirabas el techo.
Soy sólo chispa
de ese abrazo esperado,
soy el beso apasionado.
Soy laberinto fantasmal,
de sentimientos,
de sensaciones,
de melodías.
Sólo escúchame.

Bajo la cama

Los niños poseen un sexto sentido. En el pasado, cuando nuestros dientes todavía eran de leche y nuestra piel no había sido tocada por el sol, seguramente nos sentimos observados, probablemente temblamos de miedo al percatarnos de esos pequeños ojos luminosos que se asomaban desde el armario entreabierto, jugamos con sombras, saltamos la cuerda con imágenes producidas por nuestra juguetona mente.

Jonathan dormía, cuando podía, cobijado de pies a cabeza, evitaba que sus pies quedaran colgando, recogía sus brazos sobre su pecho mirando hacia arriba, pidiendo al cielo que la criatura de largos colmillos que todas las noches esperaba bajo su cama, hoy no apareciera.

Los días lluviosos se ponía sus botas de hule y saltaba con entusiasmo sobre los charcos dibujados dentro de los baches del pavimento.

Los días soleados se sentaba en la banqueta y si Abigaíl, su vecina, andaba cerca, jugaba con ella al resorte, juego que requería de destreza y velocidad, caer en el lugar perfecto era

indispensable. Dos postes en un extremo hacían el papel del tercero en la línea.

Después caía la noche, envolvía las calles, cubriéndolas de oscuridad, llenándolas de monstruos.

—¡Jonathan, a la cama! ¡Ya es hora de dormir! —gritaba la madre todas las noches a su hijo que permanecía recostado en el sillón esperando que esta noche se le permitiera dormir ahí o sentado en la cocina viendo algo en la pequeña televisión antigua coronada todavía con una antena doble, ya obsoleta en el mundo moderno.

—¡Jonathan! Por favor, ya son las 10:00, ven a dormir —terminaba ella, cansada de repetir lo mismo.

Algunas veces su padre lo cargaba para lograr meterlo bajo las sábanas. Con lágrimas en los ojos, se despedía de ellos después de haber sido arropado.

En el momento en el que sus padres cerraban la puerta y apagaban la luz, la pesadilla comenzaba.

Tenebrosos sonidos guturales salían de lo más profundo de las entrañas de aquel ser, salido, como muchos pensarían, del repertorio de personajes de alguna epopeya o de la lista de las criaturas ya extintas que el mundo no pudo apreciar.

Las kilométricas garras de aquel ente, tal vez mitológico, arañaban la madera de la base que sostenía la cama, creando un asiento delgado de aserrín encima del piso; rasgaba las sábanas e iluminaba con sus ojos impresionantemente amarillos un rincón apartado de la habitación.

Nunca nadie le creyó.

“Sólo tiene 7 años, si en realidad se diera cuenta de que los verdaderos monstruos caminan entre nosotros, no haría tanto escándalo por la sombra de un calcetín o una playera arrugada bajo su cama, déjalo vivir su fantasía”. Esto decían los adultos entre ellos cada vez que él se quejaba e intentaba convencerlos de mudarse de casa o de convertirse en vampiro para así no tener que irse a dormir jamás.

Sus papás nunca le creyeron, incluso sus primos pequeños lo tachaban de loco, sí, era un niño de 7 años, pero a veces la razón la tienen las personas en las que menos confiamos.

Los ojos brillantes que todas las noches lo atormentaban se hacían cada vez más grandes con el transcurso de las horas, crecían y crecían hasta tener el tamaño aproximado de un plato mediano. Ráfagas de viento golpeaban la ventana, las puertas de madera del ropero, cuando el reloj daba las 2:53 de la mañana, con un rechinado estridente, se abrían de golpe, en el armario, los ojos de plato se multiplicaban y sollozos desgarradores marcaban la hora.

Jonathan no tenía una espada ni tampoco un arma de fuego, hasta un cucharón de cocina le hubiera sido útil en ese momento. Jonathan no era Hércules enfrentándose a las 12 pruebas, matando al león de Nemea; no era Teseo desenvainando su espada contra un hombre mitad toro en un laberinto; ni siquiera se acercaba a esos héroes con disfraz de sus historietas. Jonathan era simplemente Jonathan, un niño pequeño contra los fantasmas y demonios que todas las noches le gritaban al oído.

Esquivaba arañazos evitando profundas heridas, se percataba minuciosamente que sus pies no estuvieran cerca de las orillas de la cama, se cubría la cabeza con la sábana y entre lágrimas ahogaba los escalofriantes sonidos con sus pensamientos.

Él y Abigaíl, sus padres recostados, durmiendo plácidamente en la habitación contigua, sus abuelos con sus adivinanzas y juegos de cartas, su maestra que enseña matemáticas, los charcos en los días lluviosos y las risas durante los días soleados.

Tengámosle miedo a la oscuridad, las penumbras, siempre los hacen más fuertes, una vez que cae la noche nuestro mundo se fusiona con el reino de las sombras. ¡Cuidado! No los alimentos.

—¡Armando! El niño no está —gritó ella asustada después de ver la cama vacía.

—¡Armando! ¿Dónde está mi hijo?

Después de haber buscado por toda la casa y en sus alrededores, procedieron a llamar a la policía y después de una revisión más a detalle se dieron cuenta de que la cerradura de la ventana de la habitación del niño había sido forzada y que huellas de lodo se encontraban sobre el marco de ésta, y por el reverso de la almohada, el colchón en algunas partes había sido rasgado.

Para las autoridades claramente se trataba de un secuestro, el eclipse de luna ocurrido la noche anterior permitió a una banda de secuestradores llevarse unos cuantos niños del vecindario, la oscuridad absoluta había jugado a su favor.

Mientras se hacían las notas pertinentes y se recolectaban las pruebas necesarias, la madre se percató de un resplandor debajo de la cama de su hijo, “tal vez no sea nada”, pensó y volvió a la cocina a hablar con el jefe de la policía, mientras tanto, escondido en la negrura, una figura sonreía con perversidad, mostrando interminables hileras de dientes puntiagudos con los pedazos del pijama de Jonathan todavía entre sus garras.

Azul profundo

Me sumerjo entre recuerdos de sueños fugitivos, nado entre corales buscando tesoros clandestinos. Buceo, abierta al movimiento, ondeando, siguiendo la corriente.

Me muevo en lo profundo de mi mente, recorriendo eternos archiveros tapizados de infinito, me paseo por estrechos pasadizos, guardianes de deseos inteligentes y anhelos incumplidos.

Navego por caudas de estrellas transitorias, aferrada a pasadas campanadas, a juegos de pelota, árboles conquistados. Como turista en un museo, camino, pasmada por la belleza de los cuadros, absorta en las gráciles pinceladas duraderas.

Recorro interminables librerías repletas de títulos excéntricos, historias inconclusas, sirenas escondidas.

Buceo, entre peces de colores y especies extinguidas, buscando perlas portentosas. Buceo, pendiente del oxígeno en mi tanque, deseosa de que mis horas bajo el mar no se agoten.

Quimeras olvidadas

Duerme, descansa, piérdete entre la niebla de tus quimeras imposibles, vuela con el canto de las aves, abraza tus recuerdos. Sueña, cierra tus ojos y camina entre un laberinto iluminado por colores, recuéstate en tu cama hecha de hierba, escucha mi voz y elévate.

Traspasa los espejos frente a ti y mira el abismo, ¿no es impresionante tanta inmensidad? Siente los rayos del sol sobre tu rostro y el zumbido de la luna en tus oídos, atentamente, intenta captar los sonidos, escucha el palpitante, el tamborileo de tu propio corazón acelerado y respira, llena tus pulmones, atiende tus pensamientos, construye un nuevo reino y deshazte de tus preocupaciones, alza las velas, gira el timón y navega entre sentimientos encontrados.

Disfruta de las pinturas colgadas en tu abstracta galería y camina entre tu imaginación desbocada, alimentada de vivencias, serpentea entre pasadizos, mezcla absurda de lo sucedido.

Escala la montaña en dos pasos y observa el vuelo de los peces, únete al canto de las flores y adéntrate en el mundo de los sueños, en el país de alcanzables sinsentidos.

De maravillas engendradas abraza la grandeza, reta al tiempo, y cuando por fin despiertes, no temas, no escarbes entre grandes pilas de paja dorada, no intentes encontrar esos sueños olvidados, efímeros, como el tictac de los relojes, espera a que la noche caiga de nuevo y sumérgete otra vez en un mar de idílicos meteoritos fugaces.

